

EL COSTARICENSE.

EPOCA III--TRIM. 5º

Periódico Semanal.

Nº 49.

Se admiten gratis los comunicados de conveniencia pública; se insertan avisos por un precio equitativo.

SAN JOSÉ, FEBRERO 22 DE 1877.

Se publicará semanalmente. El número suelto vale diez centavos. La suscripción por trimestre un peso adelantado.

EL COSTARICENSE.

La "Estrella de Panamá" y el "Star and Herald" ámbos periódicos del mismo origen, continúan en la ingrata taréa de desacreditar esta pequeña República y á su Gobierno acogiendo, sin ningun género de criterio, todos los datos é informes que se les suministran, aunque en ellos se maltrate la verdad y los hechos se falsifiquen con mofa del público para quien se escribe.

Está bien.—Obras son amores, dice el proverbio castellano. Lo cierto es que, á despecho de la prensa asalariada, Costa-Rica progresa en todo sentido y el Gobierno se empeña en promover el adelanto de los pueblos, sin preocuparse de esos desahogos de pasiones pequeñas ó de intereses individuales lastimados, con ocasion de las reformas que se han iniciado y que se están llevando á cabo.

La justificacion del Gobierno no está basada en vanas palabras sino en hechos que todos estamos presenciando. Si sus gratuitos detractores, los de fuera de la República, quisiesen fijarse en sus actos y considerarlos con imparcialidad, se avergonzarían, sin duda, del triste papel que desempeñan, propalando falsedades que solo pueden excitar la risa ó el desprecio en la gente sensata, que compara esas producciones de la prensa asalariada con lo que aquí pasa realmente.

En efecto, lo que aquí vemos es que se goza de una paz completa y de perfecta tranquilidad: nó esa paz que nace de la opresion y del uso inmoderado de la fuerza, sino la que se establece por solo el imperio de la ley y la influencia de una autoridad benéfica.

No existe, hoy, Constitución, es verdad; pero el Gobierno observa y hace observar á sus subordinados los principios fundamentales de toda sociedad, asegurando á los Costaricenses el goce de sus derechos con mayor escrupulosidad, acaso, que se ha verificado en otros tiem-

pos en que ha existido la Constitución escrita, pero frecuentemente violada en la necesidad, cuando no sea mas, que de contener demasías.

La prensa, es cierto, está restringida con la previa censura; pero es por que no existiendo aun entre nosotros la sancion moral que la refrena, á causa de cierta relajacion de principios introducida, y, en una época de transicion como la que se atravieza, se ha creído indispensable evitar de hecho el abuso, ántes que exponer la sociedad á las consecuencias que recientemente hemos visto, son el resultado de esas producciones abortivas, que mas que honrar desacreditan á los escritores, editores &, por mas que ellas produzcan una ganancia puramente metálica.

Sobre todo, en este punto, la Administracion actual de Costa-Rica, al sacrificar sus principios sobre la prensa á una necesidad superior, ha tenido, por lo ménos, la virtud de la franqueza; porque ha proclamado claramente su política, en vez de que, en otras partes, con una prensa que se dice libre, nadie se atreve á escribir sino lo que conviene al Gobierno; ó, no se escribe sino lo que se paga bien, siendo objeto de esa especulacion hasta el silencio: sí, hasta el silencio; por que bien se sabe por todo el mundo, la manera de poner un candado de plata á los periódicos de especulacion.

Por lo demás, los Costaricenses sabemos á que atenernos respecto á nuestra situacion. Sabemos que, por todas partes se criian escuelas, se fundan Colegios y se fomenta la educacion de la juventud.. Sabemos que se restituyen los Municipios á los pueblos y se les dá el uso de sus propias rentas para promover por si mismos sus adelantos. Sabemos que la Administracion del Ferro-carril se ha purgado de abusos con una considerable economía para el Tesoro Nacional: *inde ira*. Sabemos finalmente que se trabaja con empeño, aunque con prudencia, en llevar adelante esa obra redentora de

la clase productora que hoy tiene que compartir el fruto de su trabajo por la demora y gastos indispensables para conducir nuestras producciones á los mercados donde deben consumirse.

Todo esto y otros muchos pormenores mas en la Administracion que seria largo reseñar, es lo que vemos, lo que palpamos los Costaricenses. Lástima mas bien que indignacion nos dá el ver lo que se escribe en la prensa extranjera sobre los sucesos de este país. Cada vez que vemos en la "Estrella de Panamá" ó en el "Star and Herald" alguna de esas peregrinas producciones del despecho, ó de intereses individuales heridos, nos preguntamos "¿cuánto costará esto y á quien le costará?"

CRONICA INTERIOR.

Aun tenemos la pena de registrar en nuestra Crónica de la semana otra muerte. Los restos mortales de Don Liborio Pinto, fueron conducidos á su última morada en la tarde del 19 del corriente. Amigos de su muy estimable familia, damos á su respetable y anciana madre y demas deudos nuestro muy sentido pésame.

En la tarde del 18 salió de esta Ciudad el General Don Pedro Quiros, con direccion á la Provincia de Guanacaste y por el tren de la mañana del día siguiente salió su hermano el General Don Pablo Quiros, con direccion al Puerto de Limón.

Al primero lo conducen asuntos de puro interes privado, y al segundo, el desempeño de una importante comision que el Gobierno le ha confiado. Deseamos á uno y otro un feliz viaje y un pronto regreso.

En uno de estos últimos dias se descarriló el tren que venia de Alajuela. La causa ocasional fué, segun nos han informado, el haberse atravezado un buey sobre el cual tuvo que pasar la locomotora.—Felizmente el descarrilamiento no tuvo otro resultado que la demora de los pasajeros, mientras se ocurrió á esta Capital para llevar los medios de volver á colocar los carros en los rieles.

No es esta la primera ni la úni-

ca vez que suceden esos percances en la línea y por eso no los extrañamos. Desde el principio y bajo la direccion de diferentes empleados, ha habido descarrilamientos. Debemos fecilitarnos, en verdad, de que esos accidentes hayan sido siempre, sin otras consecuencias desagradables, ligeras demoras y algunos sustos inevitables, especialmente, en las mujeres.

Pero debemos decir con franqueza que algunos de esos accidentes pudieran evitarse, haciendo cumplir la ley que existe sobre los animales que andan sobre la línea de rieles. Aun los simples silvidos para apartar dichos animales son molestos y conveniente es que los guardas fuesen mas vigilantes para evitar esas ocasiones, sino de verdadero peligro, por lo ménos, de molestia para los pasajeros.

SECCION NOTICIOSA.

COLOMBIA.

En nuestra vecina Colombia continúa la revolucion. La ciudad de Cali fué el teatro de un combate bastante reñido, librado entre los rebeldes y dos batallones de las fuerzas del Gobierno. El éxito de la accion fué favorable á los segundos, y recobraron la Ciudad. Se dice que las fuerzas del Gobierno perdieron cincuenta hombres muertos y mas de veinte heridos; y los rebeldes doscientos ochenta.

Extraño parece ese resultado, que copiamos del parte oficial que dió Don David Peña, Jefe de operaciones que dirigió el combate; porque es bien sabido que en casi toda accion de guerra, el número de heridos excede en mucho al de los muertos; y es notable tambien la gran diferencia que resulta en las pérdidas que tuvieron los vencedores y los vencidos, tanto mas cuanto que los segundos pelearon atrincherados en Santa Librada, en la iglesia de San Pedro, en los ángulos de la plaza y en varias casas particulares.

Sea como fuere, lo que resulta de cierto es que las fuerzas del Gobierno recuperaron la citada Ciudad.

Despues del triunfo, una parte de las fuerzas vencedoras cometió atentados que la moral reprueba y que han sido condenados por el Gobierno del Estado Soberano del Cauca.

Los sucesos de Colombia, á nuestro modo de ver, están adquiriendo bastante gravedad: mientras se realizan bárbaras matanzas, entre el Gobierno de la Union y el de Antioquia, se negocia un armisticio, al cabo inútil; y se entablan tratados de paz, hasta las últimas fechas infructuosos, como si se tratase de verdaderos beligerantes.

En los Estados de Bolívar y Magdalena se hacia sentir el malestar de la revolucion. En el primero de ellos

se había declarado el estado de sitio.

ESTADOS UNIDOS

Nada definitivo podemos aun comunicar á nuestros lectores sobre el resultado de la elección presidencial en la Gran República. Hace ocho días, el 14 de este mes, debe haberse decidido por ámbas Cámaras del Congreso, quien será el sucesor de Mr. Grant; y atendida la importancia de aquellos cargos y el calor que ha habido en las elecciones, fácil es suponer con cuanta ansiedad se espera esa desición.

Todas las probabilidades están en favor de Mr. Hayes, Gobernador de Ohio y de Mr. Tilden, que ha desempeñado el mismo cargo en Nueva York.

Por lo demás no ha ocurrido en los Estados Unidos suceso alguno que merezca especial mención.

(Continuará.)

CENTRO-AMERICANOS ILUSTRES.

El Sr. Don José Antonio Azmitia.

Un poeta español, querido amigo nuestro, Don Fernando Velarde, en una epístola dirigida á Guatemala, después de muchos años de haberse ausentado de esa República, exclama:

"Se ha llevado tantas almas
De la muerte el ave negra!"

El ave negra no ha descansado. En el citado país, como en todos los de la tierra, durante el último lustro, muchos seres han pagado el tributo impuesto por Dios á la humanidad.

Nosotros hemos tenido siempre una lágrima silenciosa que consagrara á las afecciones perdidas, y conservamos un íntimo recuerdo de aquellas personas á quienes nos unieron los vínculos de la amistad ó de la sangre, y cuyas manos ya nunca volveremos á estrechar.

Pero á la memoria del Señor Don José Antonio Azmitia debemos un especial homenaje, y se lo vamos á tributar en las columnas de *El Costaricense*.

No es un homenaje tardío. Aunque la noticia del fallecimiento del Señor Azmitia no es muy reciente para nosotros, la tristeza que nos causó su pérdida, hacía que la pluma se nos resistiera al querer consagrar unas líneas á la memoria de tan distinguido ciudadano.

El homenaje no es tardío, por que hombres como el Señor Don José Antonio Azmitia siempre viven en la memoria de los que les han conocido y tratado, y vivirán eternamente en la historia de su patria. El Sr. Azmitia era un Prócer Centro-Americano.

No nos proponemos hoy escribir su biografía, por que carecemos de los datos para ello necesarios; pero nuestros recuerdos bastan para poder trazar algunos rasgos de la fisonomía de aquel ilustre Patriota.

Cuando las cinco Repúblicas Centro-Americanas formaban una sola Nación, el Señor Azmitia figuraba entre los funcionarios mas notables.

Desempeñó importantes comisiones de interes general.

Allá por los años de 1834 ó 1835, era ya Presidente del Cuerpo Legislativo de Guatemala.

Inspirado como todos los prohombres de aquella época en el ideal de los Estados Unidos de América, verdadero ideal tratándose de un país cuyo origen y cuyas costumbres forman antítesis con el origen y las costumbres de los descendientes de los Puritanos, y de la amalgama de todas las nacionalidades, realizada bajo el sistema de la Union Americana, el Señor Azmitia abrazó las candidas ilusiones de nuestros padres y la doctrina de Monroe, y

las instituciones de la Gran República, y los Códigos de la Luisiana formaban los ídolos de su inteligencia y de su corazón.

Sus discursos en aquella época, siempre concisos, levantados y correctos, revelaban los sentimientos que hemos expuesto.

Grandes metamorfosis surgieron en el modo de ser de Centro-América.

La union de los Estados que componían la República se relajó primeramente de hecho.

Después cada Estado se convirtió en autómato, declarándose República independiente.

En Guatemala, además, se verificó una gran trasformación política.

Surgió de las montañas de Oriente un génio extraordinario, que para bien ó para mal, la historia lo juzgará, durante casi un cuarto de siglo se enseñoreó de los destinos de Guatemala, apoyado por una inmensa popularidad que fundaba su poder, aun mas que las elecciones de los Congresos y que el Plebiscito Nacional que le confirió la perpetuidad en el mando.

En la época á que nos referimos, el Señor Azmitia, hombre de otra escuela, de otro credo y tal vez de otras afecciones, con la natural contrariedad que sufre el que contempla el antagonismo existente entre la realidad que palpa y el ideal que lleva en el alma, prestó importantes servicios en elevados puestos públicos.

Ministro de Gobernacion del General Carrera, algunos atribuyen á su Ministerio el desarrollo de la revolucion de 1848.

Nosotros creemos que ningun hombre puede formar las revoluciones, y tambien que á nadie es dado conjurarlas; pero creemos mas firmemente aun que si la Patria se hubiese arruinado, el Señor Azmitia habria podido ser la semblanza del justo que pinta el lirico-latino, con la conciencia tranquila, é impávido en medio de las ruinas.

En época posterior á la que dejamos apuntada, el Señor Azmitia desempeñó los cargos de Regente del Tribunal Superior de Justicia, y de Presidente de la Cámara de Representantes.

Durante muchos años sirvió en esos elevados puestos.

Nosotros le vimos presidir el Cuerpo Legislativo, y durante dos períodos constitucionales, tuvimos el honor de ocupar un puesto en su mesa presidencial.

Todas las circunstancias de aquel ciudadano, le llamaban á presidir los Cuerpos colegiados. Patriota tan sincero como prudente, adornado de las mejores dotes de la inteligencia y del corazón; rodeado de esa especie de aureola que imprime una conducta pura é intachable; republicano severo, al mismo tiempo que amable y cariñoso amigo, agregaba á todo eso la respetabilidad de su figura. De estatura alta, esbelta y simpática, no le habian encorvado los años, y todos los cabellos habian desaparecido de su cabeza blanca y venerable.

¡Cuántas veces su presencia, las pocas palabras que dirigía, y el convencimiento general de su buena intencion, fueron parte á contener amargas discusiones, y á encaminar los asuntos á la mejor solución posible!

Por que los hombres no son tan malos como generalmente se cree, y aun en medio de la acerba lucha de los partidos políticos, así como inspiran antipatía las infundadas pretensiones y las supremacías postizas, hay en todos un fondo de respeto hácia las figuras que se levantan llenas de honrosos antecedentes é inmaculadas, en medio de la agitacion de los negocios públicos.

Los breves rasgos que hemos trazado acerca del carácter del Señor Azmitia, nos dispensan de hablar de él como

Magistrado. Bien claro es que la rectitud y la elevacion de miras presidieron á los fallos que dictara, y que ejerció la mas perfecta cortesania y cabal benevolencia respecto á sus colegas en el Tribunal Superior.

Hoy que una tumba guarda los restos de aquel ilustre Centro-Americano, nosotros que conceptuamos como un título de honor la amistad y la confianza que nos dispensó, no creemos cometer una indiscrecion al revelar algunas de las ideas que mas de una vez nos expresára.

Aquella inteligencia que giraba en horizontes grandes, nunca creyó que fuese conveniente la situacion actual de Centro-América. En la separacion de estas Repúblicas veía el secreto de nuestra insignificancia y pequeñez ante el extranjero. "Siempre seremos pequeños, decía, mientras estemos desunidos."

Él, en otro tiempo entusiasta por la doctrina de Monroe, al contemplar como el águila del Norte ha asentado sus garras en una tercera parte de la República Mejicana, temía que ésta procurase recuperar sus pérdidas en territorio Centro-Americano; y su patriotismo se revelaba de la manera mas clara, lo mismo que sus íntimas convicciones, siempre que se trataba de la integridad y de la Union de Centro-América.

Hombre dotado de una naturaleza armónica, aunque no tenia esposa ni herederos de su nombre, sabia apreciar las afecciones de familia; y á mas de ser un modelo como hermano, se unía á sus amigos en esa cadena de dichas y de dolores que proporcionan los santos afectos del hogar.

Culto en toda la extension de la palabra, era un ornamento de la sociedad.

El Señor Azmitia vivió modestamente, y ha muerto casi pobre. Con pocas excepciones, es lo que acontece á los buenos servidores de su Patria. Pero ¿qué importa si después de una dilatada carrera de servicios queda al ménos un nombre invulnerable, un recuerdo tiernísimo en el corazón de muchos, un honor para el país, y, nosotros lo creemos, un Dios que premia á los hombres justos?

San José, 20 de Febrero de 1877.

R. M.

SECCION LITERARIA.

AMOR DE LOS AMORES.

(A mi hija dormida.)

I.

Duermes, mi Lisa adorada?
¡Qué hermosa estas en tu lecho
Con la cabeza inclinada
Sobre ese brazo derecho
Que apoyas en la almohada!

¡Con qué sueñas, vida mia?
¡Por qué dorado confin
Tu inocente fantasía
Tiende loca de alegría
Sus alas de querubín?

¡Vuela por esas regiones
Que aroma divina esencia
Y que puebla de ilusiones
Y de mágicas visiones
El ángel de la inocencia?

¡Recorre el áureo palacio
De alguna benigna maga,
O, de topacio en topacio
Y en vuelo infinito, vaga
Por el insondable espacio?

Esa hechicera sonrisa,
Que como luz indecisa
Ilumina tu semblante,
Me dice, mi dulce Lisa,
Que es tu vision muy radiante.

¡Hay en ella mariposas
Cuyas alas temblorosas
Lucen hermosos colores?
¡Hay músicas melodiosas,
Y aromas, y luz, y flores?

¡Hay, adorado amor mio,
Pájaros de alegre pio,
Y arroyuelos que murmuran
E impacientes se apresuran
Por llegar al hondo rio?

¡Hay melancólico ambiente
De crepúsculos callados,
A los que da el sol muriente
O el que renace en Oriente
Ricos velos nacarados?

¡Hay estrellas que titilan
En el infinito azul,
Y luceros que rutilan
Y blanco rayo destilan
Por entre nubes de tul?

¡Hay cantos de ruiseñores
En el álamo lozano,
Y áuras que besan las flores
Y les roban sus olores
Para embalsamar el llano?

¡Hay esa voz quejumbrosa
Pero dulce y armoniosa,
De la brisa en el ramaje,
Voz que el pausado oleaje
Remeda en playa arenosa?

¡Hay montañas coronadas
De nieve ó de parda bruma,
Y naves que van calladas
Por las aguas azuladas
Alzando velos de espuma?

¡Hay huertos de rosas pomas
Donde anidan las palomas,
Y blanquitos rebuños
Bajo los verdes castaños
De las undulantes lomas?

¡Hay lindos valles amenos,
De amarillas mieses llenos,
Que santa-calma respiran?
¡Hay ojos negros, serenos,
Que como los tuyos miran?

Duerme!... ¡Que amoroso y pio,
Con fresco y puro rocío
De perfumado beleño
Salpique el ángel del sueño
Tus lindas sienes, bien mio!

Cuánto te quiero, mi Lisa!
Aquí, en éstasis amante,
Me encadena la sonrisa
Que como luz indecisa
Ilumina tu semblante.

Ángel de amor inocente,
Con mi silencioso beso
Vengo á sellarte la frente,
Para mí, cénica fuente
De arrobador embeleso.

¡Cuánto te quiero, hija mia!
Lo sabes?... Tus labios rojos
Son flor de mi idolatría
Y la luz de mi alegría
Está en la luz de tus ojos.

Duerme!... ¡Que amoroso y pio,
Salpique el ángel del sueño
Con fresco y puro rocío
De perfumado beleño
Tus lindas sienes, bien mio!

II.

Todas las noches, ángel inocente,
Vengo en silencio á contemplar tu calma
Y á regalar mi alma,
Dejando un beso en tu serena frente.

Y entonces, de la vida los abrojos
Olvido, y la tristeza y la amargura,
Y encuentro la ventura
Con otro beso en tus cerrados ojos.

En tus ojos, mi encanto y mi delicia,
Cuya mirada, cuando estan abiertos
Y alegres y despiertos,
Parece una promesa de caricia.

A veces se entrecabren perezosos
Y atónitos me miran con fijeza,
Y luego, mi cabeza
Enlazas con tus brazos cariñosos.

Y tranquila y feliz, ángel del cielo,
Vuelves con soñolienta languidez
A cerrar otra vez
De tus pestañas el sedoso velo.

Duerme, hija mia!... ¡Que tu dulce calma
No turben pesadillas angustiosas!
¡Que siempre sean hermosas
Y alegres las visiones de tu alma!

Te quiero tanto, vida de mi vida!
¡Cuántas horas aquí, junto á tu lecho,
Con anhelante pecho
He pasado, mirándote dormida!

Un asomo de fiebre, un leve amago
De enfermedad mi alma acongojaba
Y á seguir me obligaba
Con inquietud su pavoroso estrago.

Y luego, ¡qué placer, cuando, vencido
Completamente el mal, ténuos colores,
De la salud albosos,
Animaban tu rostro enmagrecido!

Mi diversion, cuando eras pequeñina,
Se cifraba en ponerte una muñeca,
Muy elegante y hueca,
Suspendida de un hilo, en la cortina;

Y en escuchar despues con vivo gozo,
Cuando por la mañana despertabas
Y la *poupée* mirabas,
Tu fresco y dulce grito de alborozo.

Junto á mi amor por tí, santo, profundo,
Son pasajeras nubes de verano,
Ceniza y humo vano
Los groseros amores de este mundo.

Si atras vuelvo los ojos, vil escoria
Me parecen y sucia podredumbre,
Mientras que el tuyo es lumbré
Que siempre aumenta su fulgor de gloria.

Porque este afán, este amoroso anhelo,
Esta ciega y perenne idolatría
Por tí, bendita mía,
Tiene su manantial allá en el cielo.

¡No hay nada mas que tú sobre la tierra!
Tú eres mi fe, mi gloria, mis amores,
Mi cadena de flores,
Tanto mas dulce cuanto mas se cierra.

Duerme! Como ligera cervatilla,
Cuando la nueva luz brille mañana,
Vendrás, ágil y ufana,
A tender á mis labios tu mejilla.

Y colmando mi dicha sus antojos,
Y esclavizado al tuyo mi albedrío,
Volveré, idolo mio,
A mi armé en las niñas de tus ojos.

FEDERICO DE LA VEGA.

Paris, Setiembre de 1875.

ODELIA.

LEYENDA DE LA AMÉRICA DEL SUR.

I.

Si quereis formar un idea de lo que es una aldea de la Patagonia, no teneis mas que poner una série de cucuruchos de papel sobre un plano inclinado y os formareis un juicio cabal de aquellos aduare que desaparecen cuando viene el invierno austral, ó se van progresivamente hundiendo en el suelo á medida que las nubes del estrecho de Magallanes se hacen mas espesas y sombrías.

Los patagones carecen de industria propiamente dicha, y los del interior viven exclusivamente de la caza como los ribereños viven de la pesca. En alguna parte labran la tierra, que, siempre ingrata, apenas da lo necesario para recompensar el trabajo, y en otras se consagran al comercio de pieles, que llevan por el verano á Chile ó al Perú, puntos con quien tienen mas trato y comunicacion.

Todo el mundo, geográficamente hablando, sabe lo que es la Patagonia, y á pesar de los viajes de Humboldt, Arago, Dumont d'Urville y otros, no faltan hombres serios y formales que tengan una idea muy equivocada de aquel país. Para unos es la tierra de los gigantes; para otros es el territorio ménos conocido y estudiado de la América meridional; para la generalidad la Patagonia es un terreno ingrato, expuesto á todos los vientos y tempestades del Polo Austral, que no puede ser estudiado profundamente á causa de los inconvenientes que o pone la naturaleza para ella.

Esto no obstante, encontrándome en Valparaiso en el invierno de 1861, quise hacer una excursión hácia el interior, ya porque así convenia á los intereses que representaba como explorador y comerciante, ya porque queria atravesar en línea recta por bajo de la Araucanía todo el país que existe desde el Pacífico hasta el Atlántico, puesto que allí esperaba hacer un buen negocio.

Hice mis preparativos; previne á mis dos fieles criados Ciprianus y Juancho que dispusieran la marcha, mediante el itinerario que de antemano habia trazado, y un día turbio y lluvioso nos pusimos en marcha, montados en los caballos del país, que aunque feos y peludos, tienen la resistencia de los Belerofontes de la antigüedad y la de los Babiecas de la edad media.

La expedición, dirigida por mí, presentaba desde el primer día la mas liasonjera expectativa. Atravesamos la cordillera de los Andes, que ya en este

punto son una cadena de montañas bajas, sin importancia orográfica de ninguna clase, por cuanto dicha cadena descende hácia el Cabo en rápida depresión; y al cabo de veinte dias de penosas jornadas, nos encontramos en unas inmensas llanuras cubiertas de una vejetación empobrecida, que se dilataban hacia el Sur como una especie de mar solitario petrificado por la fuerza del tiempo y de los siglos.

—¡La Patagonia!—exclamó mi guía con un acento tan desapasible como el chirrido del albatros.

Yo miré aquella inmensa soledad y contesté:

—Adelante.

II.

No te he dicho, lector querido, quien yo soy, y ya es tiempo que lo sepas. Yo soy un portugués que tiene,—sin explicarse la causa de ello,—el nombre del anglo-americano Tobias Lear. No se si descenderé de aquel célebre rey á quien el gran trágico William Shakspeare ha inmortalizado, pero es lo cierto que en esto fundaba yo el título mas legítimo de mi ejecutoria, y siempre procuraba que el apellido LEAR apareciese en grandes caracteres en mis tarjetas, en mis etiquetas, en mis apuntes de viaje, y en cuantos asuntos, cartas, documentos y autógrafos pudiera poner en circulacion.

Cierto es que mi alta y trágica representación no estaba en armonía con mi profesion actual, puesto que suponiendo que yo descendiese del mismo rey Lear, no podia engrandecer mucho á mi ascendencia, en razon á que yo era un simple factor de la casa de Duras de Nueva-York, cuyo principal hacia el comercio de pieles en grande escala.

El Señor Duras,—no sé si este Señor seria el descendiente tambien de aquel Carlos Duras, amante y esposo de Juana de Nápoles,—entendia perfectamente su negocio y tenia invadida la América Septentrional y Meridional de comisionistas á fin de adquirir todo género de pieles.

Yo le representaba en toda la extremidad de la América, y en busca de pieles me dirigí á la Patagonia, segun de encontrar allí buena cosecha, mediante los *dollars* de que iba abastecido.

El primero, segundo y tercer dia de haber entrado en aquellas llanuras enormes, no me ocurrió nada de notable. Visitaba algunas aldeas como las que os he descrito al principiar estos apuntes, y allí hacia mis compras con notable ventaja por mi parte. Al cuarto dia me sucedió una aventura que os la voy á referir, por más que os parezca una novela. . . .

Estadme atentos.

III.

Habia llegado con mi servidumbre á un bosque de esos arbustos achaparrados que no pueden crecer por la ingratitud del clima, y como quiera que soplaban un viento Sur mas helado que la escarcha, mandé á los criados hacer leña y encender lumbré. Aquel sitio estaba algun tanto defendido del frio, y cuando me recosté al lado de la hoguera dispuse que Ciprianus, Juancho y el guía, se dirigiesen á una aldea, que se descubria en el fondo, á fin de comprar pieles.

Quedéme solo, pues la soledad en medio del desierto tiene un extraño y doble encanto que no todos comprenden. Yo estaba triste; no sé si el cielo ó el corazón ejercian en mí una dulce y tranquila melancolía, y principié á pensar que el alma necesita en muchas ocasiones no los goces materiales de las riquezas, sino otra cosa mas interior, mas profunda, mas llena de atractivos.

Yo era joven,—á los treinta años ningun hombre es viejo.—Consagrado al comercio, no me habia fijado en las mujeres sino de una manera incidental.

Las habia visto, las habia dicho cuatro galanterías, pero nada mas.

Estaba solo, como he dicho, y pensaba en las mujeres. Me acordaba de algunas á quienes habia preferido; me reprendia mi torpeza y necedad de no haberme fijado en ninguna.

—La mujer es la mitad mas bella del linaje humano, ha dicho un autor, y esto que es una vulgaridad, encierra un fondo de primer orden.

Con un frio de cinco grados bajo cero pensaba en ellas, acaso por la privación completa y absoluta de su presencia. Pero cuando mas sepultado estaba en mis abstracciones, me pareció ver como una sombra que se deslizaba por mis espaldas.

Volví rápidamente la cabeza, y . . . ¡cosa extraña! Una mujer estaba allí, inmóvil, casi agazapada, silenciosa y mirándome de hito en hito. ¿Por dónde habia venido? No lo sé; pero ella estaba allí callada, triste, contemplándome con cierto asombro.

Aquella mujer era una niña pero una niña de diez y ocho á veinte años. No tenia el color acitunado de la raza patagónica, ni los pómulos salientes, ni el pelo lacio y caido, ni los labios gruesos, ni los ojos hundidos y redondos: tenia el tipo de la mujer española, de la hija de Lima ó de Chile, mezclado con el carácter puro americano de las razas indígenas mas bellas.

Confieso que me quedé asombrado.

Vestía como los patagones y llevaba sus hombros cubiertos de una piel de ciervo salvaje que se cruzaba sobre el pecho. Me levanté y le pregunté en inglés quien era y como se encontraba allí.

Ella no me entendió, pero valiéndose del dialecto de las tribus indias de los Andes, me contestó poéticamente:

—Yo vengo como un copo de nieve. ¿Quién te ha traído á la tierra de la tempestad? Por mi continuo trato con los indígenas de los Andes, conocia medianamente aquel dialecto que suena á veces como una caja de música, y contesté:

—Bendito sea el copo de nieve que mandan las nubes!

Se sonrió la niña, me miró dulcemente, y exclamó:

—Tengo frio, déjame que me siente á tu lado.

Yo le ofrecí mi manta de abrigo, pero ella la desechó y vino á sentarse tan cerca de mí, que su precioso cuerpo chocaba á cada momento con el mio.

La hoguera chisporroteaba; el viento daba tremendas sacudidas á los móstios alerces que nos defendian, y grandes manchas de nubes cenicientas avanzaban del polo.

—Niña,—la dije por último:—¿quién te ha traído á este sitio?

—¡Tú!—me contestó ella suspirando y bajando los ojos.

—¡Yo! Eso no es posible. Es la vez primera que te veo.

—Pero yo en cambio te he visto muchas veces, contestó ella.

—¿En dónde?

En la cabaña del indio que dice que es mi padre. Allí estuvieste comprando pieles hace seis soles. Yo vi tu cutis blanco, tu cabello rubio, tu sonrisa agradable. Te oí cantar una noche una cosa que no entendí, pero que penetraba profundamente en mi corazón. ¡Oh! aquella noche cuando me dormí en mi lecho de plumas de aves soñé contigo. . . Después te marchastes; volviste dos veces la cabeza para contemplar la cabaña hospitalaria, y yo. . . ¿Qué hice entonces? He venido hácia tí para contarte lo que me pasa.

Habia una dulzura tan infinita, una expresión tan tierna, un candor tan espontáneo en las palabras y ademanes de aquella aparición, que casi me sentí subyugado y vencido sin saber como. Las sorpresas tienen estos resultados.

Sin embargo, yo tuve valor para decirle á aquella hermosa y semi-salvaje mujer, que habia cometido una locura.

A esto soltó una carcajada y replicó: —Nosotras no somos como las mujeres del lado de allá de los montes blancos, (los Andes.) Cuando un extranjero viene á nuestra cabaña le ofrecemos nuestro corazón. Yo te he visto y te doy el mio: he aquí todo.

Aquella confesión tenia algo de aterradoro y, dominado por una dolorosa sorpresa, le pregunté:

—¿Y has ofrecido ya muchas veces tu corazón?

—Nunca; á tí solo. . .

Confieso que respiré ante una declaración espontánea como terminante.

Sin embargo, todo era allí extraordinario. La niña, su belleza admirable, la soledad, la proximidad de la noche, el desierto y la naturaleza.

—¿Cómo te llamas?—le pregunté de pronto.

—¿Preguntas por mi nombre?— me interrogó dulcemente.

—Sí.

—En la cabaña del indio me llaman O'Delia, ¿No te gusta ese nombre? pues llámame como tú quieras. Yo quiero pensar como tú. Yo vengo para decirte: "Vuélvete, extranjero." En la cabaña del patagón hay engaño: en la del que se llama mi padre hay buena fé. Si buscas pieles, allí haré yo que te lleven cuantas desees, el frio avanza, el estrecho muge. Dentro de quince dias no podrás permanecer aquí: vuélvete; yo vengo á avisarte de los peligros que corras. Allí pasarás el invierno entre nosotros. Comerás carne de ciervo y beberás vino de palmera.— Luego. . .

La hermosa joven bajó los ojos y vi brillar en ellos dos lágrimas que se deslizaron por sus mejillas.

—¿Qué pasará luego?—le pregunté tomando una de sus manos que dejó abandonada entre las mias.

—Luego. . .—murmuró ella,—vendrá la primavera; brillarán las flores; cantarán las aves en la enramada; todo vivirá bajo la alegría de la creación, ménos yo. . .

—¿Ménos tú?—exclamé conmovido.

—Sí; porque O'Delia habrá muerto.

—¿Morir tú! ¡Tú, tan joven y tan hermosa!

—Eso es,—contestó sonriéndose tristemente.—Entonces tú te marcharás, te alejarás de mi cabaña; yo quedaré sola y triste, y moriré, no lo dudes.

Habia tal firmeza en estas palabras, tal sinceridad, tal noble candor, que instantáneamente me sentí fascinado, presa de un amor que hasta entonces no habia sentido.

Aquella figura interesante, hermosa, trasparente; busto de una Venus salvaje, acaso mas hermosa que la Venus griega, habia herido é impresionado de tal modo mi imaginación, que desde aquel momento me consideré no bajo el sombrío cielo de la Patagonia, sino en una especie de paraíso, como el de Reinaldo cuando se encontraba en los brazos de Armida.

Sin embargo, yo no podia olvidar mi deber, y manifesté á O'Delia que mi misión era comprar pieles en el país que trataba de visitar.

—No. . . no; yo haré que las pieles vengan á tí, sin que tú vayas á buscar las pieles.

Se puso de pié, penetró en el bosque que teniamos á nuestra espalda, y tocó un cuerno que llevaba pendiente de la cintura.

Al punto aparecieron media docena de indios americanos: gauchos, no como de las Pampas, sino indígenas que tomaban de la civilización lo que les convenia.

—No vengo sola, ya los ves—me dijo O'Delia con una de sus mas bellas sonrisas.—Te he seguido porque que-

ría decirle á tu corazón lo que le acabo de decir. Todos esos hombres que ves y todos los de mi tribu, te llevarán pieles del extremo de América. Vuélvete y no entres en esa tierra de desolación.

(Continuará)

VARIEDADES.

Anécdota verdadera. Había aquí un caballero muy estimable; pero de una sencillez que rayaba en candorosa. Había también otro sujeto que, como los hay en todas partes, hacia gala de mentir de la manera mas grosera. En una de esas conversaciones familiares en que este último apuraba su ingenio mentiroso, el caballero se levantó de su asiento, se fué donde él estaba y lo abrazó diciéndole: "así me gusta, que las guayabas no dejen duda."

Para los que no conozcan nuestros términos vulgares, advertimos que aquí se llaman "guayabas" las mentiras gordas, esas que no bajan ni con aseite, como también se dice vulgarmente.

Traslado á la "Estrella de Panamá" para lo que haya lugar.

"El Cronista de 27 de Enero próximo pasado, n.º 3060 copia del Stard and Herald de Panamá, noticias de la América Central.

Entre ellas se encuentran algunas relativas á Costa-Rica; á que se refirió "El Costaricense" n.º 46 de 1.º del corriente, sin entrar en justificación seria, porque hubiera sido darle demasiada importancia á un asunto tan disparatado y á noticias tan falsas como es de verdadero que los periódicos de donde las ha tomado nuestro apreciable colega el Cronista, no han tenido escrúpulo en recibir buen salario por su publicación. Nosotros á este respecto sabemos bien á que atenernos. Los enemigos gratuitos del actual Gobernante de este país, que no pueden mirar sin envidia como se han consolidado el orden y la paz. Los detractores del Dr. Herrera que ha puesto sólido dique al torrente que amenazó destruir por un momento, el edificio social con tanto trabajo levantado: los enemigos jurados de todo progreso, lo repetimos, no temen comunicar noticias que provocan en nosotros indulgente risa, ya que no queremos seriamente condenarlos á profundo desprecio.

En hora buena, digan: "que aquí ha habido asesinatos misteriosos: que en las fiestas populares hubo que reprimir el desorden por la fuerza; y que el Benemérito General Guardia se ha dado chasco en el pensamiento que tenía de hacer la guerra á Nicaragua: todo esto lo único que prueba es: que los Quijotes y los Sanchos aun no han desaparecido de la escena, y que los molinos de viento y gigantes encantados están á la orden del día.

UN BEEFSTEAK,

ó sea

un desengaño lastimoso.

A mis amigos Capurro, Loria, Ramirez y Blanco.

Carlitos, mi amigo muy querido, goza de un apetito á prueba de calenturas y jaquecas.—Como ustedes ven, esto es una felicidad envidiable.

Así que abre el ojo, su primer pensamiento es el café con leche, tosteles y mantequilla.

Aun no acaba de echarse entre pecho y espalda aquel confortable desayuno, cuando ya está pensando en el almuerzo.

Devora este con admirable lijereza, pues no es Don Carlitos de los que conocen mejor las reglas del arte gastronómico.

Vá á la oficina, y á un descuido de su superior, zas! á la tostelería, donde

el vendedor, que es su compinche, le llena los bolsillos, *gratis*, de distintas golosinas.

Excusado es decir que una vez engullidos esos *tiliches*, entran á ocupar su puesto en la mente de mi Carlitos, los exquisitos platos de la comida.

Llega la noche. Carlitos se dirige á la *Esperanza* de Chávez.

Aquí entra lo bueno de mi cuento.

Carlitos es un jugador insigne.

Con el taco en la mano, todos llegan á creer que mi héroe es el primer matemático del mundo; pues han de saber ustedes que el billar es un juego de cálculo, donde el que no tenga algo de lo de Salomon, queda con una cuarta de narices; á no ser que, como yo, apriete el taco, cierre los ojos y arroje la bola con todas sus fuerzas, diciendo: *algo ha de salir*.

En el *dominó* nadie le pone la mano encima á Carlitos.

Bien es verdad que, mas que talento y arte para el juego, lo que tiene nuestro personaje es una suerte de mil demonios.

Otra particularidad de Carlitos: jamas tiene cinco centavos juntos en el bolsillo.

Esto no obsta para que Carlitos saboree *todas las noches* un provocativo *beefsteak* en "La Esperanza."

Pero ¿cómo se las compone para hacer tal milagro? preguntarán ustedes. La cosa es muy sencilla, y hé aquí lo esencial de este cuentecillo.

Carlitos es el primero que, en la noche, ocupa un asiento en el salón de billares de "La Esperanza."

No tiene, como he dicho, un óbolo en el bolsillo; pero en cambio la caprichosa suerte del jugador le halaga y le sonríe.

La suerte vale mas que el oro, y la de Carlitos le proporciona, á más de la satisfacción del triunfo en el juego, sendas copas de cognac, *cocktail* ó helados, puros de la Habana, (oriundos de Cojutepeque) (*) y el infalible *beefsteak* de todas las noches.

Sus amigos empiezan á entrar al salón de Chávez; á ese punto de grata reunión donde la juventud masculina dá rienda suelta á su genio festivo; donde el placer y la amistad, apadrinados por la mas grata concordia, celebran sus hermosas nupcias; donde el amante correspondido dedica un pensamiento, un suspiro, una lágrima de placer, al ángel que ocupa su mente y forma su felicidad; y donde el amante engañado pasa las horas muertas suspirando ó vertiendo lágrimas de dolor, si es un *Juan Lamas*, ó encojiéndose de hombros, y mirándolo todo con indiferencia, si tiene un corazón mejor templado.

Pero dejemos á un lado digresiones que poca y ninguna importancia tienen en este cuento y . . . á referirlo en dos palabras, que el cajista espera.

Omito también ciertas generalidades relativas á Carlitos, pues juzgo que el lector las comprenderá al leer el siguiente verídico episodio.

Eran las ocho y media de la noche. Tolomeo, Juanito y yo, entramos en *La Esperanza*.

Como era natural, allí estaba Carlitos.

Así que nos vió, dirigióse á Juanillo invitándole á jugar los helados, al *dominó*.

Juanillo le dijo que esa noche no estaba para helados ni para *dominós*, y que bien podía irse con su música á otra parte.

Carlitos pasa entonces donde Tolomeo y le dice:

—Chico, vamos á jugar el *beefsteak* á una mesa de *palos*.

—No, hijo, le contesta Tolomeo, estoy muy cansado: por andar tras de la

(*) Paréntesis de D. S. B.

sílfide he destrozado mis piés esta tarde.

—Pero hombre, si es cosa de un momento; ahora mismo están los cien palos y asunto concluido.

—Nada! contestó impasible Tolomeo.

—Siquiera unas diez ó doce carambolas . . .

—Nada!

—Entonces una partida de *dominó*.

—*Nequaquam*

—Dí que no quieres, y eso será mas claro.

—"Tú lo has dicho," contestó Tolomeo.

Carlitos, en su despecho, se dirige entonces á mi personalidad.

—Apostára cualquier cosa á que tú sí juegas conmigo el *beefsteak*

—Sí? pues perderias la apuesta, querido Carlitos.

—Vamos! déjate de tonteras, y ven á batirte conmigo en esta mesa: ocho carambolas . . . no mas.

Y diciendo esto, Carlitos golpeaba una de las mesas del billar con el taco que tenía en la mano.

—Hombre, si yo no sé jugar eso: no sé siquiera qué es lo que ustedes los jugadores llaman *picar la bola*.

Entón: es juega *palos*, que es mas fácil.

—Para mí no hay *mas fácil* en el billar: todo me es igualmente difícil.

—Lo difícil para tí, dijo Carlitos, es pagar el *beefsteak* que te había de ganar yo.

Aquí todos soltamos una carcajada.

—Adivinaste, le dije, tienes una penetración *aristotèlica*.

Viendo que sus esfuerzos para con los tres eran infructuosos, resolvió sentarse á nuestro lado, formando cuaternario, y aguardar uno mas incauto ó mejor dispuesto que nosotros á perder, como él decía, su *beefsteak* cotidiano.

Allí, en confianza, nos dijo que desde las siete y media estaba en los mismos afanes, y que hasta entonces no había logrado una buena caza.

—Estos muchachos, observó Carlitos, se han avivado mucho: ya pasó el tiempo en que amarraban los perros con longaniza y no se la comían.

Pero apesar de esto, nos dijo despues, que su *beefsteak* no se le escaparía, y que tenía convicción íntima de ganarlo esa noche, como de costumbre.

—¿A qué hora vendrá mi hombre? exclamaba á intervalos Carlitos.

Pues señor, *su hombre* no se dejó esperar mucho.

Angelito (¡y de veras es un ángel el muchacho!), entró acompañado de tres amigos.

A estos se dirigió primero Carlitos, proponiéndoles lo mismo que á nosotros: una partida de *dominó* ó de billar, apostando su suspirado *beefsteak*.

Pero los tres, como nosotros, le dieron tres negativas mas redondas que las bolas con que él quería jugar.

Dirigióse entonces á Angelito.

Angelito sabe tanto de billar, y de *dominó* y de todo juego, como una coqueta de sentimentalismo y de sinceridad.

Sin embargo, esa noche estaba de buen humor y aceptó la invitación que Carlitos le hizo, de jugar cincuenta palos.

—Tonto, le dijeron dos amigos, no juegues con Carlitos que es muy *gallo*, mientras que tú no eres ni gallina en el billar.

—Eso lo sé bien, contestó Ángel, pero no importa: lo que quiero es divertirme.

La hora suprema de Carlitos, mejor dicho, la hora de su *beefsteak*, había sonado.

Carlitos, radiante de alegría, toma su famoso taco.

—Aquí te coji. . . supongo que diría para sus adentros.

La partida de los cincuenta palos empezó.

Pero ¡cosa rara! esa noche estaba desgraciado Carlitos.

A Angelito, por el contrario, le sopla la proverbial suerte de su amigo.

Taqueaba con toda la fuerza de sus pulmones, y tienen ustedes que de un solo tiro le llovian palos, billas y carambolas.

En dos por tres completó los cincuenta tantos.

Angelito acababa de triunfar.

Aquí de los afanes de Carlitos.

Ya no tendría el placer de comerse su tan anhelado *beefsteak*. A mas de esto ¿cómo pagar el que Angelito iba á pedir á renglón seguido y á su nombre?

Sus bolsillos estaban escuálidos, y su crédito en la casa un si es no es echado á pique.

Carlitos sudaba.

Angelito comprendía bien la situación de su amigo, y le daba lástima; pero Angelito dió tres recios golpes sobre una de las mesas de mármol, se presentó un mozo y . . . ¡horror! Angelito pidió un *beefsteak* que debía cargarse á la cuenta de su estimado amigo y compatriota *Don Carlitos Buena-Apetencia*. Diez minutos despues, la codiciada vianda humeaba sobre la misma mesa de mármol. El mozo colocó á los lados del plato un cubierto, que Angelito empuñó con admirable sangre fría.

Carlitos, de pié, y detrás de su adversario, contemplaba aquel cuadro lastimoso.

¡Qué desilusion! ¡Y qué bueno que está el lomo! ¡Pobres mis cuarenta y cinco centavos!, exclamaba el infeliz.

Intertanto, Angelito, con la impasibilidad de un estóico, devoraba el succulento plato.

"No hay regla sin excepcion" dice el refrán; y la de Carlitos sufrió su excepcion aquella noche.

El cuentecillo, que por cierto nada tiene de ingenioso, aunque sí mucho de verdadero, nos enseña que no debemos fiar mucho de nuestras fuerzas, ni apropiarnos los caprichos favorables de la fortuna, como alcances de nuestro talento.

El triunfo de la Prusia sobre la Francia es un ejemplo reciente de esta gran verdad.

El triunfo de Angelito sobre nuestro protagonista, es otro de la misma clase, aunque vaciado en un molde infinitamente mas pequeño.

Nadie se dé por aludido.

EL GOLOSO DE RODAS.

A última hora.

Hoy es el aniversario del nacimiento de Washington: ciento cuarenta y cinco años hace que vió la luz el fundador de la gran República Americana. Diplomático, guerrero, hombre de Estado, es una de las mas grandes figuras de la época. El Excmo. Señor Presidente, acompañado de los Honorables Secretarios de Estado, del Presidente del Consejo y del Subsecretario de Relaciones Exteriores, pasó á la habitación de Mr. Morrell, Cónsul de los Estados Unidos, correspondiendo á la invitación amable de este caballero. Varios americanos y otras personas se hallaban allí. S. E. recibió demostraciones de aprecio de todos los concurrentes y brindó por la gran República y su representante consular, en términos elocuentes y expansivos, que fueron correspondidos por Mr. Morrell y otras personas. La reunión fué muy agradable y una de las bandas militares contribuyó á amenizarla.

Imprenta Nacional.—Calle de la Merced.